

*Comentarios reales de los Incas*

El Inca Garcilaso de la Vega

AUNQUE HA HABIDO españoles curiosos  
que han escrito las repúblicas del Nuevo Mundo,  
como la de México y la del Perú,  
no ha sido con la relación entera que de ellos se pudiera dar  
que lo he notado particularmente  
en las cosas que del Perú he visto escritas,  
de las cuales,  
como natural de la ciudad del Cuzco,  
que fue otra Roma en aquel Imperio,  
tengo más larga y clara noticia  
que la que hasta ahora los escritores han dado.  
Por lo cual, forzado del amor natural de la patria,  
me ofrecí al trabajo de escribir estos *Comentarios*,  
donde clara y distintamente  
se verán las cosas que en aquella república  
había antes de los españoles.

PUES HEMOS de tratar del Perú,  
será bien digamos como se dedujo este nombre,  
no lo teniendo los indios en su lenguaje;  
para lo cual es de saber que,  
habiendo descubierto la Mar del Sur Vasco Núñez de Balboa,  
año de mil y quinientos y trece,  
tuvo este caballero cuidado de saber qué tierra era  
y cómo se llamaba  
la que corre de Panamá adelante hacia el sur.  
Para este efecto hizo tres o cuatro navíos,  
los cuales,  
mientras él aderezaba las cosas necesarias para la *conquista*,  
enviaba cada uno de por sí  
en diversos tiempos del año

a descubrir aquella costa.  
Un navío de éstos  
subió más que los otros  
y pasó la línea equinoccial a la parte del sur;  
y cerca de ella,  
vio un indio que a la boca de un río estaba pescando.  
Los españoles del navío,  
con todo el recato posible,  
echaron en tierra,  
lejos de donde el indio estaba,  
para que no se les fuese por tierra ni por agua.  
Hecha esta diligencia,  
pasaron con el navío por delante del indio,  
para que pusiese ojos en él  
y se descuidase de la celada que le dejaban armada.  
El indio,  
viendo en la mar una cosa tan extraña,  
nunca jamás vista en aquella costa,  
como era navegar un navío a todas velas,  
se admiró grandemente y quedó pasmado y abobado,  
imaginando qué pudiese ser aquello  
que en la mar veía delante de sí.  
Y tanto se embebeció y enajenó en este pensamiento,  
que primero lo tuvieron abrazado los que le iban a prender  
que él los sintiese llegar,  
y así  
lo llevaron al navío con mucha fiesta y regocijo de todos ellos.  
Los españoles,  
habiéndole acariciado porque perdiese el miedo que  
—de verlos con barbas y en diferente traje que el suyo—  
había cobrado,  
le preguntaron por señas y por palabras  
qué tierra era aquélla  
y cómo se llamaba.  
El indio,

por los ademanes y meneos que con manos le hacían  
entendía que le preguntaban  
mas no entendía lo que le preguntaban  
y a lo que entendió qué era, respondió a prisa  
(antes que le hiciesen algún mal)  
y nombró su propio nombre, diciendo Berú,  
y añadió otro y dijo Pelú.  
Quiso decir:  
«Si me preguntáis cómo me llamo,  
yo me digo Berú,  
y si me preguntáis dónde estaba, digo que estaba en el río».  
Los cristianos entendieron conforme a su deseo,  
imaginando que el indio  
les había entendido,  
como si él y ellos hubieran hablado en castellano,  
y desde aquel tiempo,  
que fue el año de mil y quinientos y quince, o diez y seis,  
llamaron Perú aquel riquísimo y grande Imperio,  
corrompiendo ambos nombres,  
como corrompen los españoles casi todos los vocablos  
que toman del lenguaje de los indios de aquella tierra;  
por que si tomaron el nombre del indio, *Berú*,  
trocaron la *b* por la *p*,  
y si el nombre *Pelú*,  
que significa río,  
trocaron la *l* por la *r*,  
y de la una manera o de la otra  
dijeron *Perú*.  
Y como aquel paraje donde esto sucedió  
acertase a ser término de la tierra  
que los Reyes Incas tenían,  
llamaron después Perú a todo lo que hay desde allí,  
que es el paraje de Quito hasta los Charcas  
que fue lo más principal que ellos señorearon  
y son más de setecientas leguas de largo,

aunque su Imperio pasaba hasta Chile,  
que son otras quinientas leguas más adelante  
y es otro muy rico y fertilísimo reino.

ESTE ES el principio y origen  
del nombre Perú,  
tan famoso en el mundo,  
pues a todo él ha llenado de oro y plata,  
de perlas y piedras preciosas.  
Y por haber sido así impuesto acaso,  
los indios naturales del Perú,  
aunque ha setenta y dos años que se conquistó,  
no toman este nombre en la boca,  
como nombre nunca por ellos impuesto.  
Y porque la deducción del nombre Perú  
no quede sola,  
digamos de otros nombres semejantes  
impuestos por los españoles.

EL INCA Manco Cápac  
fue el fundador de la ciudad del Cuzco,  
la cual los españoles honraron  
con renombre largo y honroso,  
sin quitarle su propio nombre:  
dijeron la Gran Ciudad del Cuzco,  
cabeza de los reinos y provincias del Perú.  
También le llamaron la Nueva Toledo,  
mas luego se les cayó de la memoria  
este segundo nombre,  
por la impropiedad de él,  
porque el Cuzco no tiene río que la ciña como a Toledo,  
ni le asemeja en el sitio,  
que su población empieza de las laderas y faldas de un cerro alto  
y se tiende a todas partes por un llano grande y espacioso;  
por lo cual los españoles todos en general,

y los notarios en sus escrituras públicas,  
usan del primer título;  
porque el Cuzco, en su Imperio, fue otra Roma en el suyo,  
y así se puede cotejar la una con la otra  
porque se asemejan en las cosas más generosas que tuvieron.  
La primera y principal,  
en haber sido fundadas por sus primeros Reyes.  
La segunda,  
en las muchas y diversas naciones  
que sujetaron a su Imperio.  
La tercera, en las leyes tantas y tan buenas  
que ordenaron para el gobierno de sus repúblicas.  
La cuarta, en los varones tan excelentes que engendraron  
y con su buena doctrina urbana y militar criaron;  
en los cuales Roma hizo ventaja al Cuzco,  
no por haberlos criado mejores,  
sino por haber sido más venturosa en haber alcanzado letras  
y eternizado con ellas a sus hijos.

Será bien pongamos aquí un cuento gracioso  
donde se verá la simplicidad  
que los indios en su antigüedad tenían;  
y es que un conquistador de los primeros,  
llamado Antonio Solar,  
tenía una heredad en Pachacámac,  
con un capataz español que miraba por su hacienda,  
el cual envió a su amo diez melones,  
que llevaron dos indios a costas, con una carta.  
A la partida les dijo el capataz:  
«No comáis ningún melón de éstos,  
porque si lo coméis lo ha de decir esta carta».  
Ellos fueron su camino,  
y a media jornada se descargaron para descansar.  
El uno de ellos, movido de la golosina, dijo al otro:  
«¿No sabríamos a qué sabe esta fruta  
de la tierra de nuestro amo?»

El otro dijo:

«No, porque si comemos alguno,  
lo dirá esta carta, que así nos lo dijo el capataz».

Replicó el primero:

«Buen remedio; echemos la carta detrás de aquel paredón,  
y como no nos vea comer, no podrá decir nada».

El compañero se satisfizo del consejo,  
y, poniéndolo por obra, comieron un melón.

Los indios, en aquellos principios,  
como no sabían qué eran letras,  
entendían que las cartas que los españoles

se escribían unos a otros  
eran como mensajeros que decían  
de palabra

lo que el español les mandaba,  
y que eran como espías  
que también decían lo que veían por el camino;  
y por esto dijo:

«Echémosla tras el paredón, para que no nos vea comer».

Queriendo los indios proseguir su camino,  
el que llevaba los cinco melones en su carga dijo al otro:

«No vamos acertados;  
conviene que emparejemos las cargas,  
porque si vos lleváis cuatro y yo cinco,  
sospecharán que nos hemos comido el que falta».

Dijo el compañero: «Muy bien decís».

Y así, por encubrir un delito, hicieron otro mayor,  
que se comieron otro melón.

Los ocho que llevaban presentaron a su amo;  
el cual, habiendo leído la carta, les dijo:

«¿Qué son de dos melones que faltan aquí?»

Ellos a una respondieron:

«Señor, no nos dieron más de ocho».

Dijo Antonio Solar:

«¿Por qué mentís vosotros,

que esta carta dice que os dieron diez  
y que os comisteis los dos?»  
Los indios se hallaron perdidos de ver  
que tan al descubierto  
les hubiese dicho su amo  
lo que ellos habían hecho en secreto;  
y así, confusos y convencidos,  
no supieron contradecir a la verdad.  
Salieron diciendo que con mucha razón  
llamaban dioses a los españoles con el nombre *Viracocha*,  
pues alcanzaban tan grandes secretos  
como los que atribuían a su Dios, el Sol.

PARA QUE se entienda mejor  
la vida y costumbres de los indios del Perú,  
será necesario dividamos aquellos siglos en dos edades:  
diremos cómo vivían antes de los Incas  
y luego diremos cómo gobernaron aquellos Reyes.  
Para lo cual es de saber que en aquella primera edad  
unos indios había pocos mejores que bestias mansas  
y otros mucho peores que fieras bravas.  
Y porque no supieron, como los gentiles romanos,  
hacer dioses imaginados  
como la Esperanza, la Victoria, la Paz y otros semejantes,  
porque no levantaron los pensamientos a cosas invisibles,  
adoraban lo que veían.  
Y así adoraban yerbas, plantas, flores, árboles de todas suertes,  
cerros altos, cuevas hondas, guijarros y piedrecitas.  
Vivían en cuevas debajo de tierra,  
en resquicios de peñas,  
en huecos de árboles,  
cada uno como acertaba a hallar hecha la casa,  
porque ellos no fueron para hacerla.

VIVIENDO O MURIENDO aquellas gentes

permitió Dios Nuestro Señor  
que de ellos mismos saliese un lucero del alba  
que en aquellas oscurísimas tinieblas  
les diese alguna noticia de la ley de la urbanidad  
y respetos que los hombres debían tenerse unos a otros,  
para que ese mismo Dios  
los hallase más dóciles para recibir la fe católica,  
como después acá la han recibido;  
que por experiencia muy clara se ha notado  
cuánto más ágiles estaban para recibir el Evangelio  
los indios que los Reyes Incas gobernaron,  
que no las demás naciones comarcanas  
donde aún no había llegado la enseñanza de los Incas.

YO, que soy indio,  
después de haber dado muchas trazas  
para entrar a dar cuenta  
del origen y principio de los Incas Reyes,  
me pareció que el camino más fácil  
era contar lo que en mis niñeces  
oí muchas veces a mi madre  
y a otros sus mayores acerca de este origen y principio.  
Es así que, residiendo mi madre en el Cuzco,  
su patria, venían a visitarla los pocos parientes  
que de las crueldades y tiranías de Atahualpa escaparon,  
en las cuales visitas siempre  
sus más ordinarias pláticas  
eran tratar de la grandeza de su Imperio,  
de sus conquistas y hazañas,  
y de las leyes que tan en provecho y favor  
de sus vasallos ordenaban.  
De las prosperidades pasadas  
venían a las cosas presentes,  
lloraban sus Reyes muertos,  
enajenado su Imperio y acabada su república;



y con la memoria del bien perdido  
siempre acababan su conversación en lágrimas y llanto,  
diciendo:

«Trocósenos el reinar en vasallaje».

Siendo ya yo de diez y seis años,  
acaeció que,

estando mis parientes un día en esta su conversación,  
al más anciano de ellos, le dije:

- Inca, tío, pues no hay escritura entre vosotros,  
que es lo que guarda la memoria de las cosas pasadas,  
¿qué noticia tenéis del origen y principio de nuestros Reyes?

Porque allá los españoles

saben por sus libros

cuándo empezaron a reinar sus Reyes

y a trocarse unos imperios en otros.

Empero vosotros, que carecéis de ellos,

¿qué memoria tenéis de vuestras antiguallas?,

¿quién fue el primero de nuestros Incas?,

¿cómo se llamó?,

¿de qué manera empezó a reinar?,

El Inca,

como holgándose de haber oído las preguntas,

por el gusto que recibía de dar cuenta de ellas,

se volvió a mí y me dijo:

- Sobrino, yo te las diré de muy buena gana;

a ti te conviene oírlas y guardarlas *en el corazón*

(es frase de ellos por decir *en la memoria*).

Sabrás que en los siglos antiguos

toda esta región de tierra que ves

eran unos grandes montes y breñales,

y las gentes en aquellos tiempos

vivían como fieras y animales brutos.

- Nuestro Padre, el Sol,

se apiadó y hubo lástima de ellos

y envió del cielo a la tierra un hijo

y una hija de los suyos  
para que los adorasen  
y para que les diesen preceptos y leyes  
en que viviesen como hombres en razón y urbanidad:  
para que supiesen labrar,  
cultivar las plantas y mieses,  
criar los ganados y gozar de ellos  
y de los frutos de la tierra.  
Con esta orden y mandato  
puso Nuestro Padre el Sol  
estos dos hijos suyos en la laguna Titicaca,  
y les dijo que doquiera que parasen a comer o a dormir,  
procurasen hincar en el suelo  
una barrilla de oro  
que les dio para señal y muestra,  
que, donde aquella barra se les hundiese  
con solo un golpe que con ella diesen en tierra,  
allí quería el Sol Nuestro Padre  
que parasen e hiciesen su asiento y corte.  
A lo último les dijo:  
«Cuando hayáis reducido esas gentes a nuestro servicio,  
los mantendréis en razón y justicia,  
con piedad, clemencia y mansedumbre,  
haciendo en todo oficio de padre piadoso,  
a imitación y semejanza mía,  
que a todo el mundo hago bien,  
que les doy mi luz y les caliento cuando han frío  
y tengo cuidado de dar una vuelta cada día al mundo  
por ver las necesidades que en la tierra se ofrecen,  
para las proveer y socorrer como sustentador de las gentes.  
Os constituyo y nombro por Reyes y señores  
de todas las gentes que así doctrináredes  
con vuestras buenas razones, obras y gobierno».  
Habiendo declarado su voluntad  
Nuestro Padre el Sol a sus dos hijos,

los despidió de sí.

Ellos salieron de Titicaca y caminaron al septentrión.

LA PRIMERA parada que en este valle hicieron  
—dijo el Inca—

fue en el cerro llamado Huanacauri,  
al mediodía de esta ciudad.

Allí procuró hincar en tierra la barra de oro,  
la cual con mucha facilidad  
se les hundió al primer golpe,  
que no la vieron más.

Entonces dijo nuestro Inca a su hermana y mujer:  
«En este valle manda Nuestro Padre el Sol  
que paremos y hagamos nuestro asiento y morada».

Del cerro Huanacauri  
salieron nuestros primeros Reyes,  
cada uno por su parte, a convocar las gentes.

A todos los hombres y mujeres  
que hallaban por aquellos breñales  
les hablaban y decían cómo su padre el Sol  
los había enviado del cielo  
para que fuesen maestros y bienhechores  
de los moradores de toda aquella tierra.

Y convocándose los mismos salvajes unos a otros  
y refiriendo las maravillas que habían oído  
de aquellas dos personas vestidas  
y adornadas con ornamentos  
los reverenciaron como a hijos del Sol  
y obedecieron como a Reyes.

Juntamente,  
poblando la ciudad,  
enseñaba nuestro Inca a los indios varones  
los oficios pertenecientes a varón,  
como romper y cultivar la tierra;  
Por otra parte,

la Reina industriaba a las indias en los oficios mujeriles,  
a hilar y tejer algodón y lana  
y hacer de vestir para sí y para sus maridos e hijos.  
En suma,  
ninguna cosa de las que pertenecen a la vida humana  
dejaron nuestros príncipes de enseñar a sus primeros vasallos,  
haciéndose el *Inca Rey* maestro de los varones  
y la *Coya Reina* maestra de las mujeres.  
Nuestro Inca se llamó *Manco Cápac*  
y nuestra Coya Mama *Ocllo Huaco*.  
Fueron, como te he dicho, hermanos,  
hijos del Sol y de la Luna, nuestros padres.  
Estos fueron los primeros principios  
que nuestra ciudad de Cuzco tuvo  
para haberse fundado y poblado.

Después, mucho más adelante,  
la destruyó el gran tirano Atahualpa,  
último rey del Imperio Inca.  
El cual, siendo bastardo,  
prendió y mató al hermano mayor, legítimo heredero,  
y tiranizó el Reino,  
y pasaran adelante sus crueldades  
si no las atajaran los españoles,  
que acertaron a entrar en la tierra  
en el mayor hervor de ellas.

Estos fueron el principio y el fin  
—dijo el Inca—  
que tuvo este nuestro grande, rico y famoso Imperio  
que tu padre y sus compañeros nos quitaron.  
Cuántos años ha que el Sol Nuestro Padre  
envió estos sus primeros hijos,  
no te lo sabré decir precisamente,  
que tenemos que son más de cuatrocientos.  
Y por no hacerte llorar  
no he recitado esta historia

con lágrimas de sangre derramadas por los ojos,  
como las derramo en el corazón,  
del dolor que siento de ver nuestros Incas acabados  
y nuestro Imperio perdido».

ESTA LARGA relación del origen de sus Reyes  
me dio aquel pariente.  
De estos principios fabulosos  
procedieron las grandezas que posee hoy España;  
y será justo contar aquí  
la historia del Dios Viracocha  
y la razón por la cual llamaron con ese nombre  
a los primeros españoles.  
El Dios *Viracocha*,  
fue una fantasma  
que se apareció en sueños  
—diciendo que era hijo del Sol—  
al octavo Rey Inca  
para librarle de una rebelión  
que preparaban los Chancas  
y salvar la ciudad de Cuzco.  
Tenía barbas en la cara de más de un palmo  
a diferencia de los indios que generalmente son lampiños  
y el vestido largo y suelto,  
que le cubría hasta los pies,  
diferente del que los indios traen.  
Pues como los españoles  
luego que entraron a conquistar el reino  
prendieron al tirano Atahualpa  
—y lo mataron en breve tiempo con muerte tan afrentosa,  
como fue darle garrote en pública plaza—,  
dijeron los indios que su Dios,  
el Sol,  
para vengarse del traidor y castigar al tirano,  
matador de sus hijos y destruidor de su sangre real,

había enviado los españoles  
para que hiciesen justicia de él.  
Por la cual muerte  
los indios obedecieron a los españoles  
y se les rindieron de todo punto,  
y no les resistieron en la conquista como pudieran.  
Antes los adoraban por hijos y descendientes  
de aquel su Dios Viracocha,  
para que librasen la ciudad del Cuzco  
y todo su Imperio de la rebelión de Atahualpa,  
como el mismo Viracocha lo había hecho otra vez.

Si a esta vana creencia de los indios  
correspondieran los españoles  
para sacarlos de las tiranías del demonio,  
—que eran mayores que las de Atahualpa—,  
y les predicaran el Santo Evangelio con el ejemplo que la doctrina pide,  
no hay duda sino que hicieran grandísimo fruto.

Pero pasó todo tan diferente,  
que aunque es verdad que no se deben culpar todos,  
y que los más hicieron oficio de buenos cristianos,  
destruía más un malo que edificaban cien buenos.  
Yo nací ocho años después que los españoles ganaron mi tierra  
y me crié en ella hasta los veinte años.

Garcilaso de la Vega, mi señor,  
juntamente con Don Pedro de Alvarado y sus compañeros,  
fueron a la conquista del Perú  
y se hicieron repartimiento de los pueblos e indios.

La heredad llamada Haisca  
una las primeras chacras de *coca* que los Incas tuvieron,  
fue después de mi padre,  
de la cual me hizo merced por donación en vida,  
y yo la perdí  
por venirme a España.

PASEMOS ADELANTE para que se haga larga mención

de la yerba que los españoles llaman *coca*  
y que los indios llaman *cuca*,  
que ha sido y es la principal riqueza del Perú.  
Es tan agradable la cuca a los indios,  
que por ella posponen el oro y la plata y las piedras preciosas;  
plántanla con gran cuidado y diligencia  
y las hojas las secan al Sol,  
y así seca la comen los indios,  
pero no la tragan;  
solamente gustan del olor y pasan el jugo.  
De cuánta utilidad y fuerza sea la cuca para los trabajadores,  
se colige de que los indios que la comen,  
contentos con ella,  
trabajan todo el día sin comer.  
La cuca preserva el cuerpo de muchas enfermedades,  
y nuestros médicos usan de ella hecha polvos  
para fortalecer los huesos quebrados;  
para sacar el frío del cuerpo o para impedirle que no entre,  
y para sanar las llagas podridas, llenas de gusanos.  
Tiene también otro gran provecho,  
y es que la mayor parte de la renta del Obispo  
y de los demás ministros de la Iglesia Catedral del Cuzco  
es de los diezmos de las hojas de la cuca.  
Muchos españoles han enriquecido y enriquecen  
con el trato y contrato de esta yerba;  
empero algunos, ignorando todas estas cosas,  
han dicho y escrito mucho contra este arbolillo,  
movidos solamente de que en tiempos antiguos los gentiles,  
y ahora algunos hechiceros,  
ofrecen y ofrecieron la cuca a los ídolos;  
por lo cual, dicen, se debía quitar y prohibir del todo.  
De la fuerza que pone al que la trae en la boca,  
se me acuerda un cuento que oí en mi tierra  
a un caballero que se decía Rodrigo Pantoja,  
y fue que caminando del Cuzco a Rímac

topó a un pobre español  
(que también los hay allá pobres como acá),  
que iba a pie y llevaba auestas una hijuela suya de dos años;  
era conocido del Pantoja, y así se hablaron ambos.

Díjole el caballero:

«¿Cómo vais así cargado?»

Respondió el peón:

«No tengo posibilidad  
para alquilar un indio que me lleve esta muchacha,  
y por eso la llevo yo».

Al hablar el soldado, le miró Pantoja la boca  
y le dijo:

«¿Por qué coméis *cuca*, como hacen los indios,  
cosa tan asquerosa y aborrecida de los españoles?»

Respondió el soldado:

«En verdad, señor, que no la abominaba yo menos que todos ellos,  
mas la necesidad me forzó a imitar los indios;  
porque os hago saber que si no la llevara,  
no pudiera vencer este trabajo que llevo».

Pantoja se admiró de oírle,  
y contó el cuento en muchas partes.

OTROS FRUTOS y legumbres que el Perú tenía,  
y de que se mantenía antes de los españoles  
con los nombres que después les han impuesto  
diremos que tiene el primer lugar  
el grano que los mexicanos y los barloventanos  
llaman *maíz*,  
y los del Perú llaman *zara*;  
todos los nombres que los españoles ponen a las frutas  
y legumbres del Perú  
son del lenguaje de las islas de Barlovento,  
que los han introducido ya en su lengua española,  
y por eso damos cuenta de ellos.  
También tiene lugar la que llaman *papa*,



que les sirve de pan.  
Las que los españoles llaman *batatas*,  
y los indios del Perú *apichu*,  
las hay de cuatro o cinco colores,  
pero las menos buenas son las que han traído a España.  
Hay otra fruta que nace debajo de la tierra,  
que los indios llaman *ínchic*  
y los españoles *maní*;  
el *ínchic* semeja mucho,  
en la médula y en el gusto,  
a las almendras;  
si se come crudo ofende a la cabeza,  
y si tostado, es sabroso y provechoso.  
Otras frutas hay que nacen en árboles altos;  
y haciendo principio de la que los españoles llaman *guayabas*  
y los indios *sauintu*,  
decimos que son de dos suertes:  
unas tan agrias que no se pueden comer,  
otras son dulces, de muy buen gusto.  
Los españoles hacen conserva de ella  
después que yo salí del Perú,  
que antes no se usaba.  
Conforme al gusto de los indios,  
pudiéramos poner el condimento  
que echan en todo lo que comen  
que llaman *uchu*  
y que los españoles llaman en España *pimiento de las Indias*,  
aunque allá  
le llaman *ají*.

Dejemos éstas frutas que se crían en el Perú  
por dar cuenta de otras de más nombre y fama  
que llevaron los españoles a aquella tierra.

DE LA planta de Noé  
dan la honra a Francisco de Caravantes, natural de Toledo,

antiguo conquistador de los primeros del Perú.  
Este caballero, viendo la tierra con algún asiento y quietud,  
envió a España por planta,  
y el que vino por ella, por llevarla más fresca,  
la llevó de las islas Canarias, de uva prieta,  
y así salió el vino en todo aloque.  
Juntamente con lo dicho,  
oí en el Perú, que un español curioso  
había hecho almácigo de pasas llevadas de España,  
y que, prevaleciendo algunos granillos de las pasas,  
nacieron sarmientos;  
y que las pasas acertaron a ser de uvas prietas,  
y que por eso salía todo el vino del Perú aloque,  
porque no es del todo prieto, como el tinto de España.  
Pudo ser que hubiese sido lo uno y lo otro;  
porque las ansias que los españoles  
tuvieron por ver cosas de su tierra en las Indias  
han sido tan boscosas y eficaces,  
que ningún trabajo ni peligro se les ha hecho grande  
para dejar de intentar el efecto de su deseo;  
y esto es lo que ha pasado con el olivo.

EL AÑO de mil y quinientos y sesenta,  
Don Antonio de Ribera,  
habiendo años antes venido a España  
por Procurador General del Perú,  
volviéndose a él llevó plantas de olivos de los de Sevilla,  
y por mucho cuidado y diligencia que puso  
en dos tinajones en que iban más de cien posturas,  
no llegaron a la Ciudad de Los Reyes más de tres estacas vivas;  
las cuales puso en una muy hermosa heredad cercada;  
y porque nadie pudiese haber  
ni tan sola una hoja de ellos para plantar en otra parte,  
puso un gran ejército que tenía de más de cien negros y treinta perros,  
que de día y de noche velasen en guarda

de sus nuevas y preciadas posturas.  
Acaeció que otros,  
que velaban más que los perros,  
o por consentimiento de alguno de los negros,  
le hurtaron una noche una planta de las tres,  
la cual en pocos días amaneció en Chili,  
seiscientas leguas de la Ciudad de Los Reyes,  
donde estuvo tres años criando hijos  
con tan próspero suceso de aquel reino,  
que no ponían renuevo, por delgado que fuese, que no prendiese  
y que en muy breve tiempo no se hiciese muy hermoso olivo.  
Al cabo de los tres años,  
por las muchas cartas de excomuni6n  
que contra los ladrones de su planta  
Don Antonio de Ribera haba hecho leer,  
le volvieron la misma que le haban llevado  
y la pusieron en el mismo lugar de donde la haban sacado,  
con tan buena maña y secreto,  
que ni el hurto ni la restituci6n  
supo su dueo jams qu6n la hubiese hecho.  
En Chili se han dado mejor los olivos que en el Per6  
y se ha tra6do, ya por este tiempo, aceite;  
y en el Per6 se daban por mucho regalo y magnificencia  
tres aceitunas a cualquier convidado, y no m6s.

LO MEJOR de lo que ha pasado a Indias se nos olvidaba,  
que son los espaol6s y los negros que despu6s ac6  
han llevado por esclavos para servirse de ellos,  
que tampoco los haba antes en aquella mi tierra.  
De estas dos naciones se han hecho all6 otras,  
mezcladas de todas maneras,  
y para las diferenciar les llaman por diversos nombres,  
para entenderse por ellos.  
Es as6 que al espaol o espaola  
que va de ac6 llaman *espaol* o *castellano*,

que ambos nombres se tienen allá por uno mismo.  
A los hijos de español y de española  
nacidos allá dicen *criollo* o *criolla*,  
por decir que son nacidos en Indias.  
Es nombre que lo inventaron los negros.  
Quiere decir, entre ellos, negro nacido en Indias;  
inventáronlo para diferenciar los que van de acá,  
nacidos en Guinea,  
de los que nacen allá,  
porque se tienen por más honrados  
y de más calidad por haber nacido en la patria,  
que no sus hijos porque nacieron en la ajena,  
y los padres se ofenden si les llaman criollos.  
Los españoles, por la semejanza,  
han introducido este nombre en su lenguaje.  
De manera que  
al español y al guineo  
nacidos allá  
les llaman *criollos* y *criollas*.  
Al negro que va de acá,  
llanamente le llaman *negro* o *guineo*.  
Al hijo de negro y de india,  
o de indio y de negra,  
dicen *mulato* y *mulata*.  
A los hijos de éstos llaman *cholo*;  
es vocablo de la isla de Barlovento;  
quiere decir perro,  
y los españoles usan de él por infamia y vituperio.  
A los hijos de español y de india  
o de indio y española,  
nos llaman *mestizos*,  
por decir que somos mezclados de ambas naciones;  
fue impuesto por los primeros españoles  
que tuvieron hijos en indias,  
y por ser nombre impuesto por nuestros padres

y por su significación me lo llamo yo a boca llena,  
y me honro con él.  
Aunque en Indias,  
si a uno de ellos le dicen  
«sois un mestizo» o «es un mestizo»,  
lo toman por menosprecio.  
A los hijos de español y de mestiza,  
o de mestizo y española llaman *cuatralbos*,  
por decir que tienen cuarta parte de indio y tres de español.  
A los hijos de mestizo y de india llaman *tresalbos*,  
por decir que tienen tres partes de indio  
y una de español.  
Todos estos nombres y otros,  
que por excusar hastío dejamos de decir,  
se han inventado en mi tierra  
para nombrar las generaciones que ha habido  
después que los españoles fueron a ella;  
y podemos decir que ellos los llevaron  
con las demás cosas que no había *antes*.

..... Segunda intervención del académico.....

Y CON ESTO volveremos a los últimos Reyes de Perú  
para dar lo más esencial de la guerra que hubo  
entre aquellos dos hermanos,  
hijos del gran Huaina Cápac.

EL PODEROSO Huaina Cápac,  
quedando absoluto señor de su Imperio,  
tuvo un príncipe heredero, que después llamaron Huáscar Inca.  
UN AÑO después,  
mandó levantar cuarenta mil hombres de guerra,  
y con ellos fue al reino de Quito,  
y de aquel viaje tomó por concubina la hija primogénita  
del Rey que perdió aquel reino,

y hubo en ella a su hijo *Atahualpa*;  
el cual salió de buen entendimiento y de agudo ingenio,  
y para la guerra belicoso y animoso,  
gentilhombre de cuerpo y hermoso de rostro,  
y por estos dotes lo amó su padre tiernamente,  
y siempre lo traía consigo.

          Estando HUAINA Cápac  
en los reales palacios,  
le llegaron nuevas que gentes extrañas  
y nunca jamás vistas en aquella tierra  
andaban en un navío por la costa de su Imperio.  
La nueva de aquello le dio mucho cuidado.  
Es de saber que aquel navío era de Vasco Núñez de Balboa,  
y aquellos españoles fueron los que  
(como al principio dijimos)  
impusieron el nombre Perú a aquel Imperio.  
Aquellos ocho años que Huaina Cápac vivió  
después de la nueva de los primeros descubridores  
los gastó en gobernar su Imperio en toda paz y quietud;  
y no quiso hacer nuevas conquistas,  
por estar a la mira de lo que por la mar viniese.

          Sintiéndose mal,  
hizo llamamiento de los dos hijos que tenía,  
y de otros parientes y capitanes y les dijo:  
«Muchos años ha  
que por revelación de Nuestro Padre el Sol  
en un antiguo oráculo, tenemos que,  
*pasados doce Reyes de sus hijos*,  
vendrá gente nueva y no conocida en estas partes,  
y ganará y sujetará a su imperio todos nuestros reinos.  
También sabemos que se cumple en mí  
el número de los *doce* Incas.  
Certifícoos que pocos años después  
que yo me haya ido de vosotros,

vendrá aquella gente nueva  
y cumplirá lo que Nuestro Padre el Sol nos ha dicho.  
Yo os mando que les obedezcáis y sirváis  
como a hombres que en todo os harán ventaja».  
Y en presencia de todos  
habló al hijo legítimo y le dijo:  
«Notorio es, príncipe,  
que conforme a la antigua costumbre  
el reino de Quito es de vuestra corona,  
que todos los reinos que se han conquistado  
se han sometido al dominio de nuestra imperial ciudad del Cuzco.  
Mas porque yo quiero mucho a vuestro hermano Atahualpa  
holgaría tuviédeses por bien  
que se le quedase en herencia y sucesión el reino de Quito,  
que pertenecía a su madre.  
Siendo tan buen hermano como lo es  
podrá serviros mejor en todo lo que le mandáredes».  
El Príncipe Huáscar Inca  
holgaba en extremo de obedecer a su padre,  
a trueque de darle contento.  
Y con su respuesta quedó Huaina Cápac muy satisfecho y dijo:  
«Quedaos en paz,  
que yo me voy a descansar con mi Padre el Sol,  
que me llama».

MUERTO HUAINA CÁPAC,  
reinaron sus dos hijos cinco años en pacífica posesión.  
Habiendo vivido en esta paz,  
dio Huáscar Inca en imaginar  
que había hecho mal en consentir lo que su padre le mandó  
porque además de quitar de su Imperio  
un reino tan principal como Quito,  
vio que quedaba atajado  
para no poder pasar adelante en sus conquistas;  
las cuales quedaban abiertas para que su hermano las hiciese

y aumentase su reino,  
de manera que podía venir a ser mayor que el suyo;  
y que, según su hermano era ambicioso,  
podría, viéndose poderoso, aspirar a quitarle el Imperio.  
Estas imaginaciones fueron creciendo de día en día,  
y causaron en el pecho de Huáscar Inca tanta congoja  
que envió un mensajero a su hermano Atahuallpa,  
diciendo que bien sabía que por antigua constitución,  
el reino de Quito era del Imperio del Cuzco;  
y que haber concedido lo que su padre le mandó,  
más había sido forzosa obediencia que rectitud de justicia;  
por lo cual, ni su padre lo debía mandar  
ni él estaba obligado a lo cumplir.  
Empero, que ya que su padre lo había mandado  
y él lo había consentido,  
holgaba pasar por ello con dos condiciones:  
la una, que no había de aumentar un palmo de tierra a su reino,  
porque todo lo que estaba por ganar era del Imperio,  
y la otra, que le había de reconocer vasallaje y ser su feudatario.  
Este recaudo recibió Atahuallpa  
con toda la sumisión que pudo fingir,  
y respondió con mucha sagacidad y cautela,  
diciendo que siempre en su corazón  
había reconocido vasallaje al Inca, su señor,  
y que no solamente no aumentaría cosa alguna  
en el reino de Quito,  
mas si su Majestad gustaba de ello,  
se desposeería de él y viviría sirviéndole,  
como cualquiera de sus deudos.  
La respuesta de Atahuallpa  
recibió el Rey Inca con mucho contento,  
y replicó diciendo que holgaba grandemente  
que su hermano poseyese lo que su padre le había dejado,  
y que de nuevo se lo confirmaba,  
con que fuese al Cuzco a darle la obediencia



y hacer el pleito homenaje que debía de fidelidad y lealtad.  
Atahualpa respondió que él iría,  
y que para que la jura se hiciese con más solemnidad,  
suplicaba a Su Majestad le diese licencia  
para que todas las provincias de su estado  
fuesen juntamente con él  
a celebrar en la ciudad del Cuzco  
las exequias del Inca Huaina Cápac, su padre,  
y que cumplida aquella solemnidad  
harían la jura.  
Huáscar Inca concedió todo lo que su hermano le pidió,  
y con esto quedaron ambos hermanos muy contentos.

EL REY Atahualpa  
mandó en secreto a sus capitanes  
que escogiese la gente más útil para la guerra,  
porque más los quería para batallas que no para exequias.  
Huáscar Inca, fiado en las palabras de su hermano,  
con gran liberalidad, mandó que les diesen bastimentos  
y les hiciesen toda buena acogida.

CON LA orden que se ha dicho, caminaron los de Quito  
hasta llegar cerca de cien leguas del Cuzco.  
Algunos Incas viejos,  
que eran hombres experimentados en paz y en guerra,  
viendo pasar tanta gente, no sintieron bien de ello;  
y con esta sospecha enviaron avisos a su Rey Huáscar Inca,  
suplicándole se recatase de su hermano Atahualpa,  
que no les parecía bien que llevase tanta gente por delante.  
Con estos recaudos  
despertó Huáscar Inca del sueño de la confianza en que dormía.

LOS DE Atahualpa,  
viendo que en la dilación arriesgaban la victoria  
fueron en busca de Huáscar Inca para darle la batalla

antes que se juntase gente en su servicio.

Halláronle en unos campos grandes al poniente de la ciudad,  
donde pelearon crudelísimamente.

Mas al fin, vencieron los de Atahuallpa  
y en el alcance prendieron a Huáscar Inca  
y a gran número de gente noble.

Atahuallpa usó crudelísimamente de la victoria,  
porque, fingiendo que quería restituir a Huáscar en su reino,  
mandó hacer llamamiento  
de todos los Incas que por el Imperio había,  
que se juntasen en el Cuzco,  
porque dijo que quería capitular con todos ellos  
ciertos fueros que de allí adelante  
se guardasen entre los dos Reyes,  
para que viviesen en toda hermandad.  
Con esta nueva  
acudieron todos los Incas de la sangre real.  
Cuando los tuvieron recogidos,  
envió Atahuallpa que los matasen a todos con diversas muertes,  
porque no tramasen algún levantamiento.

ANTES QUE pasemos adelante,  
será razón que digamos la causa que movió a Atahuallpa  
a hacer las crueldades que hizo en los de su linaje;  
para lo cual es de saber que por los estatutos de aquel reino,  
—inviolablemente guardados  
desde el primer Inca Manco Cápac  
hasta el gran Huaina Cápac—,  
Atahuallpa, su hijo,  
no solamente no podía heredar el reino de Quito,  
porque todo lo que se ganaba era de la corona imperial,  
mas antes era incapaz para poseer el reino del Cuzco,  
porque para lo heredar  
había de ser hijo de la legítima mujer,  
la cual había de ser hermana del Rey,

porque le perteneciese la herencia del Reino tanto por la madre  
como por el padre;  
los de sangre mezclada no hacían caudal  
para suceder en el Imperio,  
ni aun para imaginarlo.

Viendo, pues, Atahuallpa  
que le faltaban todos los requisitos necesarios para ser Inca,  
le pareció quitar los inconvenientes  
que podían suceder en su reinado,  
porque temió que, sosegadas las guerras presentes,  
había de pedir el Imperio  
—de común consentimiento—  
un Inca que tuviese las partes dichas,  
y elegirlo y levantarlo ellos de suyo.  
Por todo lo cual, no hallando mejor remedio,  
se acogió a la destrucción de toda la sangre real,  
no solamente de la que podía tener derecho a la sucesión,  
mas también de toda la demás que era incapaz a la herencia,  
porque no hiciese alguno lo que él hizo,  
pues con su mal ejemplo  
les abría la puerta a todos ellos.

Mayor y más sedienta de su propia sangre que la de los otomanos  
fue la crueldad de Atahuallpa, que,  
no hartándose con la de doscientos hermanos suyos,  
pasó adelante a beber la de sus sobrinos, tíos y parientes,  
dentro y fuera del cuarto grado, que,  
como fuese de la sangre real, no escapó ninguno,  
legítimo ni bastardo.

HABIENDO MUERTO Atahuallpa los varones que tenía,  
pasó adelante a tragar y sorber la sangre que quedaba  
de las mujeres y niños de la sangre real;  
la cual, debiendo merecer alguna misericordia  
por la ternura de la edad y flaqueza del sexo,  
movió a mayor rabia la crueldad del tirano,

que envió a mandar que juntasen todas las mujeres y niños  
y que las matasen con diversos tormentos,  
de manera que tardasen mucho en morir.  
A las mujeres, hermanas, tías, sobrinas,  
primas hermanas y madrastras de Atahualpa,  
colgaron de los cabellos, o por la cintura,  
y de otras maneras feas,  
que por la honestidad se callan;  
dábanles sus hijuelos, que los tuviesen en brazos;  
teníanlos hasta que se les caían y se aporreaban,  
y así morían las tristes con grandes clamores y aullidos.  
A los muchachos y muchachas fueron matando poco a poco,  
y aunque la edad de ellos pedía clemencia,  
muchos de ellos perecieron de hambre.  
La misma gente de Atahualpa,  
cansados ya de ver tan fiera carnicería,  
dieron lugar a que se saliesen  
algunos muchachos y muchachas  
del cercado en que los tenían;  
una de ellas fue mi madre.

Esta es la relación,  
contada llanamente,  
de aquella república,  
antes destruida que conocida,  
por las heroicas e increíbles hazañas  
de los españoles que ganaron aquel Imperio.  
De mi parte he hecho lo que he podido,  
no habiendo podido lo que he deseado.  
Al discreto lector suplico reciba mi ánimo,  
que es de darle gusto y contento,  
aunque las fuerzas ni el habilidad  
de un indio nacido entre los indios  
y criado entre armas y caballos  
no puedan llegar allá.